

rás, nombrado capitán de Fort-Louis, estrechó aun más el cerco de la Rochela y entonces Soubisse resolvió aprovecharse de las dificultades exteriores y equipando secretamente cinco pequeños buques y reclutando soldados en Poitou, ocupó la isla de Re (enero de 1625), y desde allí se hizo á la vela con rumbo á Port-Louis, en la desembocadura del Blavet, y se apoderó de siete grandes navíos pertenecientes al duque de Nevers y destinados á la Cruzada. El duque de Vendome, gobernador de Bretaña, ayudado por toda la nobleza del país, quiso encerrarle en el puerto; pero Soubisse logró escapar (6 de febrero de 1625) y dirigiéndose rápidamente á Olerón, se apoderó de esta plaza.

En el Mediodía, la mayor parte de los protestantes notables, de las comunidades y de los consistorios habían al principio reprobado la rebelión de Soubisse, y la Guiena, el Langüedoc y el Delfinado, en donde debía estallar simultáneamente la rebelión, se mantuvieron quietos; pero cuando se supo, dice Rohán, «la gloriosa salida de Soubisse del puerto de Blavet y que era dueño absoluto del mar, comenzaron á considerarle como algo más que pirata.» Para precipitar este cambio de opinión, Rohán recorrió el Langüedoc, de ciudad en ciudad, acompañado de varios ministros, haciendo llevar delante de él el libro de las Sagradas Escrituras y recitando en las plazas públicas largas oraciones con acento ferviente y patético.

Richelieu, furioso, trataba á los dos Rohán «de Anticristo.» Su situación era difícil, puesto que estaba comprometido en la Valtelina, reñido con el papa y amenazado de una guerra con España, y no tenía bastantes buques para perseguir á Soubisse y bloquear la Rochela y no podía contar de un modo seguro con sus aliados. Buckingham, de muy mala gana, le permitió alquilar en Inglaterra siete barcos mercantes, pero secretamente ordenó al almirante Pennington que evitara el combate. Los holandeses, conforme al tratado de Compiègne, enviaron veinte buques mandados por el almirante Haultain; pero ¿qué celo habían de mostrar el comandante y las tripulaciones contra correligionarios?

En Italia, la diversión intentada contra Génova fué de resultados desastrosos (1625), pues los piemonteses no pudieron bloquear sin barcos aquella ciudad marítima, y habiendo puesto sitio á Savonna, los españoles acudieron en auxilio de esta plaza. El duque de Feria, á quien la resistencia de Ripa permitía operar en otras partes, se apoderó de Acqui y obligó á los piemonteses á emprender la retirada; por fortuna el sitio de Verrue le entretuvo varios meses (agosto á noviembre de 1625), gracias á lo cual desde Champaña, en donde se había formado un ejército, pudieron enviarse seis mil hombres de á pie y mil caballos que obligaron al Duque á levantar aquel cerco y realzaron la reputación, un tanto comprometida, de las armas francesas.

IV.—El legado y Buckingham

En el entretanto, seguíanse negociaciones. Urbano VIII había enviado á su capitán de los guardias, Bernardino Nari, á pedir reparación del ataque de la Valtelina, y el rey manifestó á Su Santidad «que lo que el marqués de Coevres había emprendido en la Valtelina ha sido más bien por ocasión y necesidad que

por orden expresa que tuviera de Su Majestad...» (febrero de 1625). El P. José, á quien Richelieu comen- zaba á utilizar en asuntos diplomáticos, recibió el encargo de discutir con Nari y con el nuncio del Papa un arreglo definitivo; y después de muchas conferencias, imaginó conceder á los españoles el libre paso para ir contra los turcos, debiendo aquéllos, en cualquier otro caso, pedir permiso á Francia que no lo negaría sin grandes motivos. Pero los delegados pontificios rechazaron este expediente, y Urbano VIII envió á Francia, con el título de legado, á uno de sus sobrinos, Francisco Barberini, el cual llegó á París en 21 de mayo, siendo recibido en la ciudad «y en la corte con todas las magnificencias debidas á su dignidad.»

Estos honores, sin embargo, no le hicieron más transigente, puesto que, como los precedentes negociadores, pidió que la Valtelina fuese independiente de los grisones y que Francia renunciase al uso exclusivo de los pasajes. Richelieu consentía en garantizar la libertad religiosa de los valtelinos, pero estaba resuelto á defender la soberanía de los grisones y á asegurarse de la llave de los Alpes. El Legado se obstinaba en sus pretensiones, creído de que el gobierno francés quería la paz á toda costa.

Casi al mismo tiempo que Barberini, llegaba á París Buckingham, favorito del nuevo rey de Inglaterra, Carlos I, como lo había sido de Jacobo I, con objeto de llevarse á Enriqueta de Francia cuyo matrimonio se había efectuado por poderes. El emisario inglés instó vivamente á Luis XIII para que concertase con Carlos I una liga ofensiva «para la restitución del Palatinado» é «hiciese la paz con los hugonotes á fin de hacer con más vigor la guerra á España.» La mayoría de los miembros del consejo, afiliados al partido devoto, opinaron que las proposiciones de Buckingham debían ser en absoluto rechazadas, prefiriendo «que los ingleses se fueran descontentos á dejarles la menor esperanza.» Richelieu sostuvo que era menester continuar en buena inteligencia con los ingleses, si bien rechazando su proyecto de liga y reservándose la libertad de tratar con los españoles, para lograr lo cual bastaría seguir pagando á Mansfeld y autorizar al rey de Inglaterra para hacer en Francia, en su propio nombre y á su costa, una leva de dos mil jinetes. Richelieu mantenía también firme contra el Legado y se negaba á firmar la paz con España á fin de quedar en libertad de acción contra los hugonotes.

Sin embargo, imponíase la necesidad de entrar en tratos con los protestantes para combatir á los españoles, ó con éstos para aplastar á aquéllos. Richelieu, según su costumbre, expuso al rey en una memoria (mayo de 1625) los peligros y las ventajas de cada una de estas soluciones; era preciso elegir, porque Francia no podía atender á esa doble tarea.

«Parece que todo conspira ahora á humillar el orgullo de España. No hay nadie que no sepa el estado de las armas del rey en Italia, que es tal que, en una palabra, es dueño de la Valtelina...»

«Los españoles no tienen dinero ni en España, ni en Flandes, ni en Italia.»

La continuación de la lucha contra España no puede perjudicar á la religión, ni variar el estado de cosas en Italia, ni determinar á los españoles «á entrar abierta-



ENRIQUETA MARÍA DE FRANCIA, ESPOSA DE CARLOS I DE INGLATERRA
Cuadro de A. Van Dyck, existente en la Real Galería de Dresde

mente por la fuerza en Francia por el lado de España ó de Flandes.»

«Pero hay que considerar que son en Francia tan frecuentes las rebeliones, que es de temer que, mientras nosotros pensemos en humillar á los demás, recibamos más mal de nosotros mismos que el que podríamos causar á nuestros propios enemigos. Estas rebeliones sólo pueden venir de los grandes del reino descontentos ó de los hugonotes. De los grandes, nada hay que temer por ahora... En cuanto á los hugonotes, están tan acostumbrados á hacer su negocio á costa del Estado y á hacer de las suyas cuando nos ven ocupados contra aquellos que son enemigos declarados suyos, como sucedió durante el sitio de Amiéns, que debemos temer que ahora hagan lo propio.»

Sin embargo, Richelieu, libre de toda prevención, estaba dispuesto á tratar lo mismo con los enemigos del exterior que con los del interior, con tal que fuese con honra y provecho. En julio, creyó segura la paz con los hugonotes: los negociadores de éstos habían declarado que aceptarían del rey, como gracia, las condiciones que juzgaban necesarias para su seguridad, y cuando se hubo concertado el tratado, regresaron á la Rochela para hacerlo ratificar. Los rochelenses, creyendo terminada la guerra, salieron fuera de la plaza, pero Toirás, á quien Condé había escrito que la paz era imposible, les atacó haciéndoles varios muertos y prisioneros (agosto de 1625), en vista de lo cual se negaron aquéllos á la ratificación.

Richelieu hubo entonces de dirigirse al Legado, proponiendo que los valtelinos gozasen de la autonomía, mediante el pago de un tributo á los grisonos en señal de servidumbre; pero los delegados pontificios encontraron insuficiente aquella concesión (28 de agosto de 1625).

Mas ya que á Roma y á Francia les era imposible poner de acuerdo á los grisonos y á los valtelinos, ¿por qué no se les dejaba á ellos solos llegar á una inteligencia? El Legado aceptaba esta solución siempre y cuando el papa conservase en su poder los fuertes de la Valtelina hasta que se llegase á un acuerdo definitivo, á lo cual replicaron los franceses que si el acuerdo no se realizaba, no estarían ellos, después de la restitución de los fuertes, en mejores condiciones que antes de la guerra.

Los devotos no se consolaban del fracaso de las negociaciones y acusaban al cardenal de ser demasiado exigente; así opinaban, en el fondo, el canciller de Aligre y Marillac. Sin embargo, Richelieu se había servido de hombres que no podían ser sospechosos, de Schomberg y del P. José. Deseando realizar una nueva tentativa, el cardenal llamó hábilmente en su auxilio al Padre Berulle, dándole por compañero al propio P. José; y estos dos religiosos lanzaron la idea de dejar que los grisonos y los valtelinos zanjasen ellos mismos sus contiendas, pero ofrecían la restitución de los fuertes para después de concertado el acuerdo, inmediatamente después, y el Legado quería que fuese antes.

El ministro no era aún bastante poderoso para imponer su voluntad á la corte y á los católicos fanáticos; por esto escribió al rey aconsejándole que reuniera á los «primeros de su reino y á las personas más calificadas» que estuvieran cerca de él y «les hiciera ver el es-

tado de este asunto, las dificultades con que se tropieza y los medios que había empleado para llevarlo á feliz cima...»

A aquel Consejo extraordinario, que se reunió el 29 de septiembre en Fontainebleau, asistieron el señor de Longueville, el gran prior de Vendome, los duques de Chevreuse y de Elboeuf, los cardenales de Sourdis, de la Rochefoucauld, de Richelieu y de la Valette, el canciller, Schomberg, Champigny, Marillac, los cuatro secretarios de Estado, varios consejeros del rey, intendentes de hacienda y «un gran número de preladados, nobleza y otros funcionarios.» El rey, que presidía teniendo á su lado á la reina madre, les dijo que los había reunido para saber «su buena opinión» «sobre las proposiciones y medios para la paz de la Valtelina.»

El canciller trazó la historia de la cuestión de la Valtelina desde 1621; Schomberg relató las conferencias celebradas con el Legado y afirmó que no debía firmarse la paz en las condiciones que éste ofrecía; y el canciller, usando nuevamente de la palabra, dijo que el rey «no quería conocer lo opinión de cada uno, pero que si alguno de la Compañía tenía alguna otra cosa que decir ó que observar en pro ó en contra del parecer emitido, Su Majestad le oiría con mucho agrado y le rogaba que lo hiciese.»

Después de este discurso reinó un gran silencio; nadie hablaba. Entonces el canciller dijo al primer presidente del Parlamento: «Señor, parece que tenéis algo que decir.» El primer presidente saludó y habló así: «Señor, Vuestra Majestad ha hecho una elección de personas tan digna en monseñor el cardenal de Richelieu, monseñor el canciller y monseñor de Schomberg, que nada tenemos que añadir á sus buenas opiniones.»

De nuevo reinó un gran silencio, y entonces el cardenal de Richelieu, poniéndose de pie, aseguró á aquella gran asamblea que Su Majestad había procurado siempre «la paz de la Valtelina por medio de todas las condiciones más honrosas para una y otra corona...» y que el rey de España, por el contrario, mediante «conivencias y aplazamientos,» había querido quitar á Su Majestad el recuerdo de este asunto tan importante para el bien de su Estado. La guerra, como todos sabían, era «la ruina de los Estados y de las personas;» pero era también necesario, para conservar la paz, «hacer más bien la guerra durante una temporada que permitir que una potencia contraria se eleve de tal modo que no la (la paz) podamos encontrar por haberse perdido.» «El porvenir es más importante» que el presente; «si dejamos á nuestros aliados y confederados en la opresión, no encontraremos apoyos ni alianzas, y nuestros vecinos nos dejarán para seguir el partido de España, por considerarnos demasiado débiles ó faltos de valor y de bravura...»

«Por estas razones, terminó diciendo, opino que Vuestra Majestad debe escribir á Su Santidad y al señor Legado diciéndoles que, atendiendo al parecer de su Consejo y de sus Tribunales, no puede admitir las proposiciones que le han sido hechas de su parte, aunque está siempre dispuesta á escuchar las condiciones de paz honrosas para las dos coronas.» El rey, al despedirse de la asamblea, anunció su resolución casi en los mismos términos formulados por Richelieu.

V.—Paz general

El Legado había partido sin esperar la reunión de aquella asamblea y sus exigencias habían decidido á Richelieu á reanudar las negociaciones con los hugonotes. El duque de Saboya, el rey de Inglaterra y Mauricio de Nassau, interesados en que terminaran los disturbios en Francia, se ofrecían á servir de intermediarios. Fancán sostenía en una memoria que era preciso tratar con los rebeldes y hacer la guerra á los españoles (1): seguramente «la facción de los hugonotes es intolerable...» y la diversidad de religión es peligrosa en un Estado...» pero «la guerra civil trae consigo tantos inconvenientes y es causa de tantas miserias vergonzosas, que todo buen juicio dirá con el proverbio que es preferible algunas veces dejar á su hijo con mocos á arrancarle la nariz.»

El cardenal, que tan exigente se mostraba con el papa, no podía conceder la paz á los reformados sino en condiciones rigurosas. Después de la victoria decisiva que sobre Soubisse alcanzara en la rada de la isla de Re la flota holandesa del almirante Haultain y algunos buques del rey mandados por Enrique de Montmorency, almirante de Francia, se negó á incluir á los rochelenses en el arreglo que negociaba con los protestantes del Mediodía; pero Rohán se resistía vigorosamente en los Cevennas y en el Alto Langüedoc, y la asamblea de Milau (1.º de noviembre de 1625) no quería tratar si no se comprendía en el trato á todo el cuerpo de las Iglesias.

En Amsterdam, el populacho amotinado lograba que se mandara retirar á los buques holandeses, y aun eran más tirantes las relaciones con los ingleses, pues Buckingham, que no podía conseguir que Luis XIII se ligara con Inglaterra, las Provincias Unidas y Dinamarca, reclamó los siete buques que le había prestado, y ante la negativa del rey á devolvérselos, estuvo á punto de declarar la guerra. Richelieu, resistiéndose demasiado, se exponía á reñir con las potencias protestantes; de aquí que hiciera ciertas indicaciones á Buckingham, el cual envió á Enrique Rich, conde de Holland, y á Carletón para restablecer la buena armonía entre ambas coronas. Richelieu les dispensó una buena acogida y les dijo que el rey, estando, como estaba, en guerra contra los protestantes, no podía declararla á los españoles; y los ingleses, en la creencia de que si recobraba su libertad de acción emprendería la lucha contra España, intervinieron para hacer ceder á los hugonotes. El rey se negaba á arrasar el fuerte Luis y aun á comprometerse á arrasarlo más adelante, y los protestantes, á instancias de los embajadores, se contentaron con la promesa verbal de que «con largos servicios y una obediencia continua podían esperar lo que más deseaban.» Los ministros del rey declararon, por su parte, que pensaban en la demolición eventual del expresado fuerte... Pero el texto del tratado decía simplemente que el rey impediría á la guarnición del fuerte Luis, como á las de Re y Olerón, perturbar el comercio de los rochelenses (5 de febrero de 1626).

Los partidarios de las alianzas católicas se indigna-

(1) Esta memoria es la que ha publicado Gardiner en la «Rev. Hist.» I, págs. 228-238, como una memoria inédita de Richelieu. Cf. Kukulhaus, *Historische Vierteljahrsschrift*, 1899, II, pág. 18.

ron con esta paz de la Rochela que venía á sumarse con el escándalo de la Valtelina, y de Flandes llegaron á París libelos, escritos probablemente en Italia, como «Los Misterios políticos» (*Mysteria politica*, Antuerpia, 1625) y «La Admonición al rey» (*Theologi ad Ludovicum XIII Admonitio, Auguste Francorum*, 1625), que señalaban como objetivo de los gobiernos el triunfo del catolicismo y ponían la gloria de Dios enfrente de la ambición de los reyes y de los pueblos. Francia apoyaba y favorecía á los herejes y creaba obstáculos al esfuerzo de las potencias católicas para restablecer la unidad cristiana; y era un cardenal quien inspiraba esta criminal resistencia.

La censura era justa. El Estado comenzaba de nuevo á distinguir su causa de la de la Iglesia y quería tener su política; pero á Richelieu le era más fácil secularizar, por decirlo así, la diplomacia que confesar esta evolución. Sus defensores anónimos, el «Teólogo sin pasión» (Mateo de Morgues) y el «Católico de Estado (2)», no procuraron ni pensaron siquiera oponer un principio á otro principio, el particularismo nacional al internacionalismo religioso, y salieron del paso con una evasiva; pero ¿por ventura no hacían los españoles otro tanto?

La mayoría de los miembros del Consejo del rey eran también de opinión de «limpiar el interior;» y Marillac «manifestó en pleno Consejo... que era preciso terminar el litigio de la Valtelina, de cualquier modo que fuese, si no como se quisiera, (á lo menos) como se pudiera;» que el interés de nuestros aliados ó el nuestro «no era considerable al precio de la ruina de herejía... y que era de temer que fuese llegada la hora que muchas almas muy santas preveían de la destrucción de este Estado, si se despreciaban los medios que Dios presentaba para arruinar la herejía.»

María de Médicis, que empezaba á prestar más oídos á Berulle que á Richelieu, demostraba el mismo celo. Algunos meses antes de la paz de la Rochela, el gobierno, cansado de las exigencias del Legado, había pensado en arreglar directamente con España la cuestión de la Valtelina, y así se lo había comunicado á su embajador en Madrid, Carlos de Angennes, señor del Fargis. La idea había sido bien acogida por Olivares, amenazado entonces de una ruptura con Inglaterra. Fargis era temerario y ligero, un verdadero loco, como dicen las Memorias de Richelieu, y su esposa, Magdalena de Silly, que en aquella sazón se hallaba en París, estaba unida á Berulle y en buen camino para gozar del favor de la reina madre. María de Médicis, según parece, hizo que Magdalena escribiese á su marido haciéndole saber el vehemente deseo que sentía de que se concertara la paz. Richelieu tuvo algunas sospechas de esta intriga, pero nada hizo para destruirla y únicamente previno á su embajador (6 de diciembre de 1625) que Olivares quería sorprenderle y que el rey vería «con agrado» que tratase con él «con reserva;» mas cuando este despacho llegó á su destino (27 de diciembre) las negociaciones estaban demasiado adelantadas para que Fargis quisiera ó pudiera retroceder. El día 1.º de enero de 1626, el embajador firmó con Olivares un tratado que dejaba á Francia los pasajes y reconocía á los grisonos la soberanía de la Valtelina,

(2) El P. Dedouvres, *Le P. Joseph polemist*, ha intentado demostrar que el «Católico de Estado» es del P. José.

pero admitiendo que pudieran verse privados de ella si faltaban al tratado.

La noticia sorprendió á Richelieu y las condiciones del acuerdo le irritaron; pero ¿era posible castigar á un embajador que había cumplido las santas intenciones de un partido tan numeroso en la corte y en el Estado? Por otra parte, el cardenal reflexionaba que España admitía la soberanía de los grisonos y el uso exclusivo de los pasajes para Francia y aceptó el tratado bajo corrección.

Fargis, siempre apremiado, firmó con Olivares un segundo tratado (Monzón, 5 de marzo de 1626) que tampoco satisfizo á Richelieu. Pero en la corte se formaba una tormenta: los grandes, á quienes el cardenal había creído tranquilos, reanudaban sus intrigas mientras esperaban hacer algo peor; y la cábala de los devotos era demasiado fuerte para que pudiera todavía obrar sin ella ó contra ella. El tratado fué devuelto á Fargis con orden de enmendarlo nuevamente. Esta tercera redacción, hecha en Barcelona probablemente en abril y ratificada en 2 de mayo por Luis XIII, ha conservado el nombre de tratado de Monzón y en ella se reconocía implícitamente la soberanía de los grisonos y el derecho exclusivo de Francia sobre los pasajes; se autorizaba el ejercicio del catolicismo únicamente en la Valtelina; se disponía que los magistrados del valle serían elegidos por los valtelinos y confirmados por los grisonos, que los fuertes serían devueltos al papa y demolidos inmediatamente; y se convenía que en un plazo de cuatro meses los dos soberanos inducirían á sus aliados á aceptar un arbitraje.

Cuando se hicieron públicos el tratado con España y el tratado con los hugonotes, españoles é ingleses comprendieron que habían sido hábilmente burlados. «Merced á una conducta llena de inusitada destreza, dice Richelieu, se consiguió que los hugonotes consintieran en la paz por miedo á la de España, y á los españoles á hacerla por miedo á la de los hugonotes.» Los aliados de Francia, saboyanos, venecianos y grisonos, estaban furiosos de que se hubiese tratado á sus espaldas y sin contar con ellos; y el gobierno francés se ganó en aquella ocasión fama de pérfido.

El ministro había triunfado de aquella primera prueba: empeñado contra el extranjero y obligado á combatir á los rebeldes, no se había precipitado, como sus predecesores, á soltar á los españoles para lanzarse sobre los hugonotes, ni á ceder ante éstos para amedrentar á aquéllos, sino que había firmado con los enemigos de dentro y de fuera un tratado que aseguraba el presente sin comprometer el porvenir.

CAPITULO II

PRIMEROS COMLOTS ARISTOCRÁTICOS (1)

I. La corte y las damas. — II. El partido de la aversión al matrimonio. — III. La conspiración de Chalais

I.—La corte y las damas

En la corte, se reanudaban las intrigas como en los tiempos de la regencia; los príncipes de la sangre, los grandes y las damas se ponían de acuerdo para perder

(1) FUENTES: Avenel, *Lettres du cardinal de Richelieu*, II, Aubery, *Mémoires pour servir à l'histoire du cardinal de Riche-*

á la reina madre y á su hechura, el cardenal ministro. Condé, desde Bourges, vigilaba París, en donde sus intereses estaban bien defendidos por su madre, la princesa viuda, y por su esposa, la bella Carlota de Montmorency. El joven conde de Soissons, Luis de Borbón, que había tenido la ambición de casarse con Enriqueta de Francia, se dirigía á mademoiselle de Montpensier á la que María de Médicis destinaba á Monsieur, hermano del rey. Los bastardos de Enrique IV y de Gabriela de Estrées tenían grandes pretensiones: el mayor, César, duque de Vendome, gobernador de Bretaña y casado con la hija del duque de Mercoeur, invocaba los derechos de su esposa que era una descendiente de los Penthièvre; y el menor, Alejandro, el gran prior, era muy aficionado á las intrigas. Enrique, jefe de la casa de Montmorency y almirante de Francia, luchaba entre la influencia de su hermana Carlota, princesa de Condé, y la de su esposa, María Felicia de los Ursinos, parienta de María de Médicis. Los Lorena eran adictos á la reina madre, pero su fidelidad era proporcionada á su interés y podía cambiar según lo que éste le aconsejara; y la misma viuda del condestable de Luynes, que había entrado en aquella familia por su casamiento con Claudio de Lorena, duque de Chevreuse, era amiga fiel de Ana de Austria y enemiga de María de Médicis.

Las mujeres entraban más que nunca en todas las intrigas; á las ambiciones y pretensiones que debía inspirarles la vida cortesana, más desarrollada en Francia que en el resto de Europa, habíanse añadido los excitantes de la revolución intelectual del siglo XVI. Aquellas mujeres habían respirado el aire del Renacimiento y vivido con más ideas y sensaciones; y en la gran crisis religiosa de la época habían mirado dentro de sí mismas, ensanchando la psicología y refinando su delicadeza. La literatura contribuía también á hacerles formar mejor opinión de sí mismas, y se aprovechaban del culto de la belleza que los neoplatónicos de Italia habían restaurado y del respeto caballeresco á la mujer que predicaban los Amadises de las novelas de moda. La *Astrea*, la novela más leída de aquel tiempo, es una glorificación de la mujer.

«Yo probaré siempre con buenas, válidas, científicas y demostrativas razones, dice una interlocutora en los *Caquets de l'Accouchée* («Conversaciones de comadres», 1622), que somos muy superiores al sexo masculino ó que, por lo menos, no le somos inferiores... Las mujeres tienen ó deben tener la inteligencia más viva que los hombres, puesto que tienen el temperamento más delicado... La mujer es tan capaz como el hombre de

lieu, 1660, I. *Mémoires de Richelieu*, M. y Pouj., VII. *Mémoires de Fontenay-Mareuil*, M. y P., 2.ª serie, V. *Mémoires de Messire Robert Arnauld d'Andilly*, M. y P., 2.ª serie, IX. La Borde, *Pièces du procès de Henry de Talleyrand, comte de Chalais*, Londres, 1781. *Mémoires d'un favori du duc d'Orleans* (Bois d'Annemetz), «Archives curieuses», 2.ª serie, III. *Mémoires de Brienne*, M. y P., 3.ª serie, III; de Rohan, M. y P., V. Bassompierre, *Journal de ma vie*, pub. por el marqués de Chantillac, «S. H. F.» III. *Mémoires de Madame de Motteville sur Anne d'Autriche et sa cour*, ed. F. Riaux, 1886, I.

OBRA DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, II. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, 1758, I. Victor Cousin, *Madame de Chevreuse*, 2.ª ed., 1862 (y sobre todo los documentos publicados en apéndice). A. Baschet, *Le Roi chez la Reine*, 1886. Duque de Anmale, *Histoire des princes de Condé*.